

Travesías

POLÍTICA, CULTURA Y SOCIEDAD EN IBEROAMÉRICA

AÑO I - Nº 1 - JULIO - DICIEMBRE 1996



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
SEDE IBEROAMERICANA. LA RABIDA.



REVISTA

TRAVESIAS. Política. Cultura y Sociedad en Iberoamérica.

DIRECTOR:

Joaquín Herrera Flores (Universidad de Sevilla. España).

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

David Sánchez Rubio (Universidad de Sevilla. España).

CONSEJO EDITORIAL:

Horacio Cerutti-Guldberg (Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México); Carlos M. Cárcova (Universidad de Buenos Aires. Argentina); Jacinto Nelson de Miranda Coutinho (Instituto Brasileño de Estudios Jurídicos. Universidad Federal del Paraná. Brasil); Modesto Saavedra (Universidad de Granada. España); Víctor Moncayo (Facultad de Derecho. Universidad Nacional. Colombia); Benny Pollack (School of Politics and Communication. University of Liverpool. Reino Unido); Alberto Filippi (Univertita degli Studi di Camerino. Roma. Italia); Jose Eduardo Faria (Universidad de São Paulo. Brasil); y Juan Marchena (Universidad Internacional de Andalucía. Sede Iberoamericana Santa María de La Rábida. Huelva. España).

CONSEJO ASESOR:

ARGENTINA: Enrique Mari, Arturo Andrés Roig, Alicia Ruiz, Jorge Douglas, Diego Duquelsky y Juan Pegoraro. BOLIVIA: Julieta Montaña. BRASIL: Theotonio Dos Santos, Amilton Bueno de Carvalho, Edmundo Lima de Arruda Jr., Antonio Carlos Wolkmer, Clemerson Merlin Cleve y Miguel Pressburguer. COLOMBIA: Héctor Moncayo y Germán Palacio. COSTA RICA: Franz Hinkelammert y Eduardo Saxe Fernández. CUBA: Pablo Guadarrama. CHILE: Manuel Jacques y Rodrigo Calderón. EL SALVADOR: Antonio González y Benjamín Cuéllar. ESPAÑA: Antonio Enrique Pérez Luño, Juan Ramón Capella, Ramón Soriano Díaz, Javier de Lucas, Antonio Hermosa Andújar, Juan Antonio Senent de Frutos, Vicente Theotonio, Eloísa Díaz Muñoz, Jesús Muñoz de Priego, Félix Salvador, Sebastián de la Obra y José María Seco. ESTADOS UNIDOS: Ofelia Schutte y Helen I. Safa. FRANCIA: Juan Carlos Garavaglia. MEXICO: Oscar Correas, Jesús Antonio de la Torre Rangel, Jorge Witker, José Emilio Rolando Cifuentes y Mario Magallón Anaya. PERU: Ernesto de la Jara. PORTUGAL: Boaventura de Sousa Santos. REINO UNIDO: Lewis Taylor. VENEZUELA: Héctor Silva Michelena y Heinz R. Sonntag.

Edita: UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA,
SEDE IBEROAMERICANA SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA

Maquetación e impresión: TECNOGRAPHIC, S.L.

I.S.S.N.: 1136-8780

Depósito Legal: SE-1.692/96

DEMOCRACIA, CORRUPCIÓN Y CRISIS NEOLIBERAL EN LATINOAMÉRICA

*Eduardo E. Saxe-Fernández**

Texto presentado a la IV^a Conferencia sobre Democracia en la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad de Denver, Denver, CO 80208, 10-12 de abril de 1995.

“Una pequeña pero poderosa oligarquía se había formado alrededor del Presidente, quien les había dado el derecho de hacerse ricos. Este pequeño grupo era dueño de todo el país; y sus miembros daban preferencia a sus amigos en el reparto de la riqueza. Los clanes florecían a la sombra de las bancas locales, monopolizando los beneficios y haciendo del progreso social sólo otra leyenda. Ciegos a los problemas de su país, este tipo de gentes no prestaban atención a nada que no fuesen sus propias ganancias.”

Leopoldo Zea (1949)

I. Los orígenes de la crisis y de la corrupción

El análisis de la situación internacional, inmediatamente después y debido a la pérdida de la Guerra de Vietnam, revelaba un agudo declive estratégico de los Estados Unidos, concurriendo con el hecho de que el liderazgo de Breznev en la URSS fue capaz de llevar a cabo cambios importantes en otras áreas del Tercer Mundo, y que finalmente la economía de los EEUU en la década de los 70 se enfrentaba con problemas importantes, tales como la pérdida de competitividad frente a los productos europeos y asiáticos y el gran déficit fiscal contraído para sufragar la guerra en Indochina así como la infraestructura de la “gran sociedad” (norteamericana). Siguiendo las políticas keynesianas, los Estados Unidos abandonaron el *standard* de reservas en oro por reservas de su propia moneda (el dólar) y al mismo tiempo se incrementó dramáticamente la producción de los mismos. El mundo pronto estuvo inundado en dólares, y ello, oportunamente, marcó el comienzo de un renovado liderazgo del sector financiero en la economía mundial.

Percibiendo la relativa debilidad estratégica de los Estado Unidos, se sucedieron intentos por parte de los países del Tercer Mundo por incrementar su grado de independencia (relativa) del centro capitalista, incluido entre ellos, la formación de un cartel internacional del petróleo. Y, en verdad, la OPEP fue capaz temporalmente de incrementar los precios del petróleo y por consiguiente de acumular importantes sumas de capital. Los países de la OPEP, no obstante, incapaces de invertir en sus propias economías todos sus ingresos y deseosos de ahorrar parte de ellos, depositaron importantes sumas en los bancos privados norteamericanos y europeos. Ello, a continuación, embarcó a éstos en un esfuerzo sostenido que les llevó a ofrecer préstamos a los países del Tercer Mundo, parti-

*Director del Dept. de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA) Heredia, Costa Rica, América Central.

cularmente a los latinoamericanos, en excelentes condiciones, incluidas bajas tasas de interés y otras cláusulas ventajosas. Sin embargo, dos “molestos” rasgos caracterizaron estos procedimientos. Primeramente, ni los bancos ni los gobiernos analizaron cuidadosamente los proyectos a ser financiados, y más adelante se demostró que no todos se encontraban bien fundados porque esos préstamos fueron, en buena medida, mal empleados por parte de contratistas y/o agentes políticos y financieros que los encauzaron hacia sus propios propósitos personales o colectivos, generalmente el enriquecimiento y/o la obtención de influencia política. Y en segundo lugar, los bancos internacionales privados (y públicos) y las agencias pusieron en marcha una política a través de la cual se concedía una comisión a los agentes políticos y/o financieros que cerrasen una operación de préstamo, en la mayoría de los casos se trató de un porcentaje sobre el monto total del préstamo. El resultado fue un incremento desmesurado en “malas inversiones”, ya que la consecución de ganancias personales condujo a los gobiernos, al sector privado y a los agentes bancarios a no prestar atención a los defectos que había en los proyectos a financiar.

El resultado de conjunto de estos dos rasgos fue un agudo incremento de la deuda internacional del Tercer Mundo, particularmente en Latinoamérica, hacia donde fue una parte significativa de estos préstamos. Al mismo tiempo, aumentó el tráfico internacional de influencias hasta niveles sin precedentes, junto con la corrupción interna en los países deudores. La falta de *standards* éticos inherente al gran capital especulativo comenzó a ejercer un creciente papel destructivo tanto en la política internacional y nacional como en los círculos de negocios, incluido los de Estados Unidos, donde las nuevas regulaciones financieras espolearon los esquemas de inversión arriesgados y poco definidos, por ejemplo los así llamados bancos de ahorros y préstamos, así como también la especulación por parte del Estado. En Latinoamérica, los déficit fiscales cada vez mayores fueron financiados con nuevos préstamos internacionales con tasas de interés variables y, dándose el caso que los prestamistas de la década de los 70 fueron cada vez en mayor número bancos privados (en contraste con la décadas precedentes en el período de post-guerra, cuando la abrumadora mayoría de préstamos venía de fuentes públicas), con lo que comenzaron a desarrollarse lazos más fuertes entre los agentes (corruptos o corruptibles) a cargo de las finanzas nacionales y los agentes (corruptos o corruptibles) de bancos privados locales e internacionales. Este fue, no obstante, sólo el comienzo de un largo rosario de acontecimientos venideros, cuando el Tercer Mundo, y especialmente Latinoamérica, se puso en mora de sus deudas internacionales a comienzo de los 80.

II. Latinoamérica recupera su estatus colonial

Dos razones fundamentales pueden explicar porque Ronald Reagan derrotó electoralmente a un James Carter mucho mejor preparado políticamente: su propuesta de devolver a América su (*sic*) lugar como indiscutible líder mundial, y su férrea determinación por destruir al “diabólico imperio” soviético. Con vistas a financiar el creciente déficit fiscal, generado en buena parte por la carrera armamentística extremadamente cara que se requería (para espolear la economía norteamericana, para combatir el comunismo, y para restaurar el liderazgo mundial norteamericano), el gobierno de Estados Unidos elevó las tasas de interés, atrayendo con ello las inversiones internacionales. Al mismo tiempo, la economía norteamericana entró en una recesión, que, sin embargo, de forma poco característica presentaba altas tasas de inflación (la llamada “deflación”). Cuando las tendencias de la economía

norteamericana se expandieron por la economía internacional, sus efectos fueron globalmente positivos para el capital como “factor de producción”, considerando la entonces existencia de desórdenes tanto en los partidos políticos socialdemócratas internacionales y en las organizaciones sindicales, como los que habían sido provocados por las primeras “reformas liberales” en Chile e Inglaterra, y el debido auge político de los socialcristianos y conservadores, en Alemania y por doquier. Al mismo tiempo, la URSS estaba atascada en su propio “Vietnam” en Afganistán y en África, y los llamados *movimientos en favor de una democracia popular* eran altamente activos en el Este europeo (especialmente en Polonia) y fueron recibiendo apoyo tanto de la CIA como de la nueva cabeza del Vaticano, Juan Pablo II.

Por lo tanto, el incremento de las tasas de interés fue complementado por una fuerte oleada inflacionaria, que durante algún tiempo elevó las tasas de interés alrededor del 15% anual. Consecuencia de las altas tasas de interés fue un inmediato y agudo incremento de los pagos adeudados por los países latinoamericanos en cumplimiento de sus deudas. Esta tendencia se volvió aún más onerosa para Latinoamérica cuando concurren a la vez que los préstamos comenzaron a madurar y los pagos fueron requeridos (no sólo de los intereses) sino también del monto principal. Estos acontecimientos comenzaron a forzar la mayor parte de la economía norteamericana hasta sus límites, y los rumores de una posible mora de Latinoamérica hicieron los mercados financieros aún más inestables. Finalmente, en agosto de 1982 el gobierno mexicano de López-Portillo, bajo fuertes presiones norteamericanas sobre sus políticas nacionalistas y de independencia en el plano internacional, se declaró incapaz de afrontar sus obligaciones financieras internacionales, reconociendo, por lo tanto, la bancarrota (primera de los tiempos modernos) del Estado mexicano y comenzando la así llamada “crisis de la deuda latinoamericana”.

La estrategia política clásica aplicada por los romanos de *divide et impera* había sido usada una y otra vez por las potencias internacionales, y lo sería en el futuro, para sus propios intereses y, a la inversa, parece que para las potencias hegemónicas o dominantes cualquier desarrollo internacional adverso plantea una amenaza contra ese mismo principio político en forma del llamado “efecto dominó”, muy considerado (y temido) por los analistas, estrategas y planificadores norteamericanos. Por lo tanto, la bancarrota mexicana fue percibida como la primera ficha de dominó en caer, a la expectativa, se argumentó, de una eventual bancarrota de toda Latinoamérica que impactaría duramente en los bancos norteamericanos más expuestos, provocando un colapso financiero y económico en Estados Unidos y en todo el mundo. Se tomaron medidas inmediatas y urgentes para prevenir tales desarrollos, incluyendo la inhibición de la articulación de un “cartel de deudores” entre países latinoamericanos y del Tercer Mundo.

Por otro lado, distintos grupos y sectores trataban de promover tanto una largamente querida unidad Latinoamericana como una sublevación generalizada contra la hegemonía norteamericana, intentando precisamente inducir tal cartelización. Este intento se vio reforzado por las tendencias fuertemente revolucionarias en Latinoamérica, particularmente en Nicaragua, El Salvador y América Central, sostenidas por Cuba y, aunque no demasiado, por la URSS después de 1980. Cuba (con México hasta el final del gobierno de López-Portillo, Costa Rica hasta el final del gobierno de Carazo -ambos finalizados en 1982-, Panamá encabezada por Noriega y el gobierno peruano de García) promovió tal cartelización y consecuentemente fue duramente atacada por la administración estadounidense.

Entre 1982 y 1987 los países latinoamericanos pusieron en marcha una serie de intentos fallidos por crear un frente común para negociar su deuda internacional con las

instituciones financieras internacionales (IFIs: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Banco Interamericano para el Desarrollo y el llamado “Club de París” - organizado por prestamistas privados). Es importante resaltar que, desde el comienzo de esta crisis, el gobierno de Estados Unidos y el Grupo de los siete fueron capaces de coordinar sus políticas en esta materia, creando por lo tanto un poderoso “cartel de acreedores”. En el otro lado de la mesa, no obstante, los países latinoamericanos tuvieron que negociar su deuda individualmente redefiniendo los términos de manera aislada. Cada movimiento que se produjo en Latinoamérica en favor de crear un frente común, en México (bajo el gobierno de De la Madrid), en Venezuela (con Carlos A. Pérez como presidente) y/o en Argentina, recibieron separadamente la oferta de las IFIs o del gobierno norteamericano, prometiéndoles un tratamiento especial si no continuaban adelante con la creación de un frente común de deudores. Estas ofertas fueron casi siempre aceptadas, y estos países (junto con algunos otros actores menores como Honduras) abortaron de manera efectiva un coordinación de las políticas latinoamericanas.

Los gobiernos de México, Venezuela y Argentina de hecho recibieron tratamientos especiales por las IFIs, pero sólo en el grado en que fue en detrimento de los otros países (si bien favorables a los miembros de sus respectivos gobiernos y a sus asociados del sector privado). Estos gobiernos se encontraron en el apuro de que sólo aumentó su vulnerabilidad a las influencias externas, hallándose en debilidad estructural en sus posiciones negociadoras una vez que el soborno o la extorsión (o el impuesto revolucionario) (tal vez “engaño” -*whitemail*- puesto que habían recibido más promesas que amenazas) era aceptada. Debido a la voluntad existente de convertirse en “buenos chicos” para las IFIs y, en consecuencia, negociar individualmente, estos gobiernos redujeron las capacidades negociadoras conjuntas con otros países afectados e, incluso más importante, estos tres países pasaron a ser campos donde se pusieron en práctica, profunda y ampliamente, políticas económicas y financieras experimentales, por y para los acreedores. Estos tres países se convirtieron en peones en manos de Estados Unidos y de la “comunidad financiera internacional”, pero las nuevas élites gobernantes estaban felices con los resultados, dado que “abriendo” sus economías nacionales un importante flujo de capital para inversiones llegaba a ellas, y, que era creíble de esta manera establecer los cimientos para superar la crisis.

Desde que la conquista europea y la colonización de Latinoamérica comenzó en los siglos XV y XVI, ha habido grupos y sectores entre las élites locales descosas de seguir, y mejorar desde, las orientaciones ideológicas y políticas desarrolladas en la metrópolis para promover los intereses de la misma. El período contemporáneo no es una excepción en esta característica latinoamericana, y en más de un sentido no son sino una repetición de las políticas precedentes: el texto al comienzo de este ensayo, del conocido filósofo Leopoldo Zea, extraído de un texto sobre el positivismo y la dictadura de Porfirio Díaz entre 1880 y 1910, ilustra cuan parecidos (*ceteris paribus*) pueden ser los desarrollos pasados y actuales.

Los gobiernos mexicano, venezolano y argentino cometieron, simple y llanamente, traición contra sus países y renegaron de sus juramentos de defender a sus respectivos países y constituciones. Esta, no obstante, fue presentada al común de los mexicanos, venezolanos y argentinos como concesiones obtenidas de los acreedores y como triunfos políticos internacionales. Un modelo político engañoso y generalizado fue acogido, primero por estos tres gobiernos, y más tarde por la mayoría de los gobiernos de la región. La defensa de los intereses nacionales y la promoción del bienestar social y económico de la población fue (y es todavía) repetidamente empleado para justificar la adopción de medidas que iban en contra de los intereses nacionales y del bienestar social y económico de los

latinoamericanos; políticas que beneficiaban a los acreedores internacionales y a potencias e intereses extranjeros, particularmente a los intereses tanto del capital privado como a las estrategias norteamericanas.

Pero, si únicamente sujetos extranjeros hubiesen sido los beneficiarios de los nuevos acuerdos económicos y financieros internacionales realizados en Latinoamérica, estas políticas pronto hubieran sido rechazadas o desplazadas. Pero, tal y como se mencionó, los gobiernos latinoamericanos tuvieron que participar. Muchos actores locales se hallaban envueltos, y estos nuevos “cipayos” (nombre dado en China a los que colaboraron con las potencias extranjeras durante la ocupación del siglo XIX) llegaron a tener demasiado peso y a ser muy activos por toda la región.

III. La renovación de la ética nietscheana

Las posiciones anti-nacionalistas adoptadas por los gobiernos mexicano, venezolano y argentino fueron pronto refinadas y elaboradas hasta volverse programas coherentes y acompañados para ser aplicados por toda la región. Si al principio de las IFIs forzaron en los países latinoamericanos políticas que garantizarían los pagos de la deuda en sus plazos debidos, posteriormente sus prescripciones políticas estuvieron dirigidas a corregir los defectos “estructurales” supuestamente responsables de los apuros de Latinoamérica. Estas fueron conocidas, consecuentemente, como Programas de Ajuste Estructural (PAEs). Su objetivo principal fue implementar los cambios necesarios en las economías locales y políticas estatales, necesarias para adaptarse con éxito a la “nueva situación económica internacional” (¡una situación que estaba siendo creada, al menos en parte, precisamente por la adopción de tales políticas en el Tercer Mundo!).

Los PAEs han tenido un profundo impacto económico, político y social que revisaré más adelante. Aquí es importante repasar brevemente los fundamentos ideológicos y teóricos.

A comienzos de los 70, en la Universidad de Chicago, Milton Friedman y sus investigadores colaboradores desarrollaron una teoría económica que intentó refutar los planteamientos neoclásicos a los que se adhirieron los neokeynesianos, volviendo a autores como Hayek y von Mises. Estas nuevas propuestas teóricas fueron primeramente ensayadas por los recién “instalados” gobiernos militares en Chile tras el golpe de 1973, con la directa participación de Friedman y sus colaboradores (ver E. Saxe-Fernández, 1980 & 1983). Este primer experimento “neoliberal” (que no significa “conservador” y, por lo tanto, su orientación podría ser llamada aquí “neoconservadora”) produjo profundos cambios en la economía chilena, incluidas la privatización de las compañías y servicios públicos, duras medidas antiinflacionarias basadas en un descenso de los salarios, fuertes reducciones de los déficit fiscales y comerciales, y consecuentemente reducciones en los servicios públicos y en los subsidios destinados a la educación, la salud, el transporte público y el alojamiento, y los subsidios para pequeñas y medianas compañías agrícolas e industriales. También, cambiaron las leyes y la regulación, para ayudar a despojar al Estado de esos compromisos económicos, para facilitar una inversión sin restricciones en todos los sectores económicos, y hacer crecer las exportaciones. Estas prescripciones fueron más tarde puestas en práctica en la mayoría de los países latinoamericanos, con variaciones en la intensidad y el énfasis.

Algunos rasgos importantes del neoliberalismo latinoamericano incluyen:

- a. La creencia de que sólo los mecanismos del mercado están capacitados para alcanzar el crecimiento económico y el bienestar.
- b. La creencia de que la intervención del Estado en la economía es perjudicial - el Estado mínimo es el mejor Estado.
- c. En las “naturales” e inevitables condiciones del mercado, habrá siempre algunos que ganen y otros que pierdan;
- d. De la persecución de las ganancias individuales resultará el bienestar colectivo; contrariamente, la persecución del bienestar colectivo a través de medidas directas (vgr. normativa o intervencionismo) producirá perjuicio tanto público como privado.

El primero y el segundo rasgo conforman lo que F. Hinkelammert ha llamado un “teología”: por definición, es asumido que los mercados siempre serán buenos, y también por definición, es asumido que la intervención estatal siempre serán mala. Estos aspectos escatológicos del liberalismo latinoamericano lo caracterizan como una postura extrema, y, por lo tanto, como la última (y triunfante) ideología del período de la Guerra Fría.

El tercer rasgo, por su parte, nos haría creer que es imposible para todos alcanzar una vida decente, que los pobres, por otra parte, son pobres por su propias faltas y que deben ser culpados por ello. Como Hinkelammert señala:

“No se busca más un crecimiento económico capaz de arrastrar toda la fuerza del trabajo para incorporarla a la economía del país, algo en lo cual había fracasado el desarrollismo también. Ahora sólo se busca realizar la política neoliberal, que se declara no responsable por la suerte de los expulsados y marginados. Los culpa, más bien, de que no lograron ganar” (1994, p. 429).

Contrariamente, resultaría que los acaudalados lo son por la gracia del cielo o porque la Mano invisible se ha posado sobre ellos (muy en el estilo de la discusión de Weber sobre la ética protestante). Tomando la discusión de Garret Hardin relativa al “ámbito común” (*global commons*), podríamos decir que para los neoliberales, los que están luchando en el agua (después de que el barco se ha hundido) e intentando llegar a los botes salvavidas merecen morir por el mero hecho de que no están en los botes salvavidas, y que por lo tanto, sólo aquellos que lo están merecen vivir. Estos rasgos neoliberales ciertamente ayudan a reforzar las actuales y crecientes tendencias internacionales en favor del resurgimiento del racismo y las posturas neo-elitistas. Cuando se han aplicado a las políticas estatales, han tenido como resultado el desmantelamiento masivo de los programas de bienestar social y el correspondiente empobrecimiento y reducción de la calidad de vida de la mayor parte de los latinoamericanos (y consecuencia de ello ahora nos encontramos, por ejemplo, con rebrotes generalizados de enfermedades que se encontraban prácticamente reducidas y/o eliminadas, tales como el cólera y la malaria). (En términos generales, el común de la población en Latinoamérica está experimentando un proceso de “africanización”, y el común de los ya africanizados un proceso de “nazificación”). Para los neoliberales, el bienestar social es reemplazado por la caridad y por una gran cantidad de sacerdotes, y el deber moral de ejercer la caridad por parte de aquellos que han sido capaces de alcanzar a tener un nivel de vida, aparte de ello, han de alegrarse de su situación y por otro lado, olvidarse de falsas reivindicaciones de justicia social. Los gobiernos por su parte, están para proveer todos los medios necesarios para que prosperen empresarios y financieros, y para ofrecer programas sociales “localizados” y temporales para aliviar los aprietos de algunos de los desahuciados (*morituri*) y, en este sentido, prevenir desórdenes sociales incontrolados.

El cuarto rasgo del credo neoliberal ha inculcado un grado de individualismo raramente conocido con anterioridad. Esta ha sido llamada “la cultura de la cocaína”, refiriéndose a los efectos de esta droga en los días y momentos de su mayor consumo: parece que el consumo de cocaína produce, por un lado, una euforia caracterizada por la sensación de que cualquier deseo puede y debe ser alcanzado, y, por otro lado, una absoluta preocupación por uno mismo con el correspondiente desentendimiento absoluto por los demás. Como es bien conocido, también, la cocaína - en contraste con el cannabis, por ejemplo- genera comportamientos altamente agresivos. Esta recentísima casta de “supermanes”, con una completa seguridad en sí mismos, proclaman la que es su creencia fundamental yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo y, sobre todo, YO.

Esta “cultura de la cocaína” que domina el mundo desde la época de “Rocky” y Ronal Reagan, en Latinoamérica se encuentra representada por los “cocayuppies” (y no “tecnoyuppies” como ellos mismos quisieron presentarse- después de todo, han demostrado ser tecnológicamente incompetentes), la mayoría de ellos con BBAs y MBAs (la élite entre ellos titulados por prestigiosas universidades de Estados Unidos), conocedores de la cultura informática, pero por otro lado, toscos e incultos. Desde sus oficinas en corporaciones o en oficinas del gobierno, han estado listos y han presionado enormemente, para quedarse con una tajada en la privatización de bienes públicos y en el desmantelamiento de los Estados de Latinoamérica como tales. En orden a la satisfacción de sus deseos, de un modo similar al de un cocainómano desesperado a falta de su dosis, han recurrido a todos y cada uno de los medios para realizar sus objetivos y deseos, y se han organizado en pandas y clanes con lazos cada vez más sólidos con los grupos criminales locales e internacionales, incluyendo la adopción de tácticas y procedimientos mafiosos. En este sentido, los casos de Collor de Melho en Brasil, de Carlos A. Pérez en Venezuela, o del grupo de Salinas en México, no representan excepciones sino más bien la regla de la tendencia dominante en la región desde la llegada del neoliberalismo.

IV. Las nuevas políticas mafiosas

Las estrategias económicas de choque puestas en práctica en Latinoamérica desde la década de los 80 han conducido a una posterior regresión en la redistribución nacional e internacional de la riqueza y de los recursos, las clases bajas y medias son las que han soportado la acometida de este “ajuste estructural”. En orden a prevenir desórdenes sociales y políticos violentos y radicales (como los que tuvieron lugar en Nicaragua y El Salvador, por ejemplo), las élites locales en el poder y las nuevas coaliciones hegemónicas, banqueros y planificadores de la metrópolis y políticos están todos de acuerdo en la necesidad de diseñar válvulas “de escape” de las sobrecalentadas maquinarias político-económica y político-social. En esta ocasión los regímenes civiles y democráticos no podrían ser acusados por las doctrinas nacionalistas (como se hizo contra el gobierno de Allendé en Chile), puesto que la mayor parte de los regímenes de Latinoamérica eran de “burocracia autoritaria” (o alguna otra forma de autoritarismo siguiendo a O’Donnell, por ejemplo “autoritarismo populista”, “autoritarismo tradicional”, o incluso “autoritarismo corporativista” - mi tipología- como en el caso de México) (O’Donnell: 1973). La “válvula de escape” a emplear fue una de las más ampliamente usadas contra la URSS y la República Popular China, llamada democracia. Y, en verdad, después de años y en algunos casos décadas de terribles regímenes políticos y militares violentos y represivos, la mayor parte de los latinoamericanos,

incluidos, por lo tanto, los sectores populares, así como, las clases medias y la mayor parte de las organizaciones políticas, estuvieron contentas de comenzar a reemplazar regímenes militares criminales por gobiernos elegidos democráticamente. Estos nuevos regímenes, no obstante, hicieron frente a la tarea central de poner en práctica las reformas “neoliberales” tan impopulares en sus principios como en sus consecuencias. Los procesos de democratización tuvieron, no obstante, éxito en contener eventuales y potenciales rebeliones políticas y sociales, porque los elegidos democráticamente prometían generalmente en sus campañas defender los intereses de los menos favorecidos, porque debido a que la ominosa espada de Damocles de un golpe militar estaba permanente suspendida sobre las cabezas de aquellos que habían sufrido persecución y habían sido incriminados, y porque generalmente las organizaciones civiles se hallaban plenamente comprometidas a una única carta y consecuentemente estaban paralizadas por el miedo a que las movilizaciones pudieran acarrear la vuelta a los gobiernos militares o a las “descreditadas” políticas intervencionistas del Estado (ver Delgado, 1995, respecto a este último punto). Finalmente, en el nivel ideológico, la democratización política y su vigente divisa de “libertad” y bienestar fue en el plano ideacional equiparada a “libre mercado” y este, a su vez, con el desmantelamiento del Estado y la puesta en práctica de los PAEs neoliberales.

Dado que los PAEs y las políticas neoliberales de hecho sólo beneficiaban a una pequeña parte de la sociedad, el “polítiquero” neoliberal ha sido enormemente engañoso, ya que ha recurrido a aquellos que son más adversamente afectados por sus mismas políticas. Afortunadamente para ellas, ya en los 80 los medios de comunicación de masas, especialmente la televisión, se había vuelto universal y preeminente sobre los sistemas de comunicación de masas en Latinoamérica. Allí se desarrolló lo que algunos analistas han llamado “el efecto Fujicollar”, para referirse al uso masivo, engañosamente populista y de medios sofisticados de campañas de propaganda por Collor de Mello en Brasil (él mismo propietario en parte del mayor consorcio de medios de comunicación brasileño, el Grupo O Globo) y Alberto Fujimori en Perú. Los consultores de medios de comunicación de Madison Avenue -incluyendo, por ejemplo los que llevaron la campaña de George Bush, dirigieron las campañas de Calderón y Rodríguez en Costa Rica en 1990 y 1994-, empleando los procedimientos más sofisticados y caros para la venta de productos, fueron contratados por los neoliberales en Latinoamérica para ganar a su favor las mentes y los corazones, y por lo tanto los votos, de los habitantes de los arrabales de Río, Buenos Aires, Lima, San José o ciudad de México.

Una vez en el gobierno, no obstante, las promesas electorales populistas dieron paso (como el discurso típico puntualizaría) a: “los imperativos inevitables de las condiciones internacionales” y a “la situación fáctica del país, que nosotros (por ejemplo, la nueva administración) había encontrado en una situación mucho peor de lo que pensó, y que es el resultado de las mala gestión de la administración precedente”. Por lo tanto, la población era llamada una y otra vez a aceptar mayores sacrificios, en la seguridad de que este sería el último, que una vez que surtieran efecto las medidas propuestas, el país tendría por fin una situación saludable y serían creados empleos y en mejores condiciones para todos, como se prometió durante la campaña electoral (he discutido las incompatibilidades entre la democracia y el liberalismo en E. Saxe-Fernández: 1993).

Aquellos políticos que siguieron las directrices de las IFIs fueron ayudados a mantenerse en el poder o a transmitirlo a un sucesor adecuado por los países metrópolis y por la “comunidad financiera internacional”. Para hacer esto, se desarrollaba un modelo de acuerdo con el cual durante la primera mitad de una determinada administración eran

tomadas severas medidas y, cuando se aproximaba el período electoral, esos mismos gobiernos tenían permitido recurrir a políticas no neoliberales, por ejemplo a políticas artificiales (sin consideración ni aplicación de los requerimientos del mercado) que frenaban la inflación, que mantenían artificialmente estable la moneda nacional, o que incrementaban enormemente los déficits fiscales y comerciales (un buen ejemplo de esto son los dos últimos años de la administración de Salinas en México).

Al contrario, los políticos que se resistían a la aplicación de las prescripciones de las IFIs eran compelidos a adoptar rigurosas políticas económicas que les apartan del electorado, y sobre ellos, en cambio, se incrementaban las presiones cuando se aproximan los períodos electorales. Con frecuencia, incluso, la comunidad financiera nacional e internacional cooperaría, escabulléndose del país en cuestión y de esta manera agravando los problemas de la administración rebelde.

En casos como los de la administración de García en Perú o de Carazo en Costa Rica, las compañías nacionales e internacionales se concertaron en contra de ellos, contando con la participación de los cuadros de la metrópolis y teniendo a su disposición una completa gama de armas sucias. Un arma reiteradamente empleada en estos casos fue la acusación de corrupción, en general, la satanización del gobierno reticente o del presidente.

En general, el resultado ha sido un incremento del cinismo entre la población, desencantada de falsas promesas. Algunos de ellos, simplemente hartos de la política, han comenzado a fortalecer movimientos de base que, en algunos casos han encabezado intentos de recuperar el país por medios militares (los movimientos guerrilleros en Colombia y México, por ejemplo). Muchos otros, influenciados por el credo neoliberal se han lanzado a la política y se han interesado sólo en obtener tanta riqueza personal como sea posible, incluyendo un incremento de las actividades criminales (de toda clase) gigantesco y ampliamente extendido.

Las tendencias generalizadas para la desintegración social y la criminalidad y la corrupción incrementadas han sido reforzadas por el severo empobrecimiento de la mayor parte de los latinoamericanos (sólo una pequeña élite está recogiendo frutos de las políticas neoliberales) y el correspondiente desarrollo de una economía paralela informal que no es tenida en cuenta oficialmente, y que es vulnerable a las influencias y a las prácticas de las organizaciones criminales o, lo que es casi lo mismo, de los agentes del Estado actuando como criminales.

La transferencia de recursos públicos a manos privadas, aspecto central en las políticas neoliberales, ha provocado una gran reducción del aparato estatal en Latinoamérica. Si se tiene en cuenta que, históricamente, la región no ha tenido sociedades civiles sólidas, sino que han sido los Estados nacionales los que las han generado desde el gobierno (en contraste con lo que ocurre en Estados Unidos, por ejemplo), entonces el impacto del desmantelamiento del aparato gubernamental en Latinoamérica va más lejos que una simple reestructuración del equilibrio teórico e ideal entre la sociedad civil y el Estado, y se torna en desmantelamiento del Estado latinoamericano en cuanto tal. Este, ciertamente, no es el caso cuando las políticas neoliberales se aplican en los Estados metrópolis como el Reino Unido o los Estados Unidos.

Cercano a estas consideraciones mías, la transferencia de bienes públicos a manos privadas ha producido un incremento del tráfico de influencias. Particulares y grupos en puestos gubernamentales obtienen ciertos beneficios extraordinarios, como particulares y/o como grupo, cuando toman decisiones relativas a qué, cómo y a quién son privatizados los bienes nacionales o públicos. Estas mismas partes privadas dan beneficios o “par-

ticipaciones” a aquellos que desde el gobierno les “ayudan” en estos esfuerzos. Ciertamente, un número de compañías y entidades estatales han sido mal dirigidas durante años y algunas de ellas no deberían permanecer en manos del Estado. Pero, también, muchas compañías estatales han mostrado ser ejemplos de eficiencia y productividad, y muchas de ellas deficientemente dirigidas podrían ser asombrosamente mejoradas. Sólo la postura ideológica extremista característica de los latinoamericanos neoliberales, y el tráfico de influencias alrededor de estas prácticas, puede explicar por qué empresas públicas “buenas” han sido privatizadas - escapando a cualquier sentido lógico.

Más aún, el modelo aquí apuntado se confirma al desprenderse de empresas nacionales y públicas a precios de ganga y mediante negociaciones emprendidas bajo coacciones ejercidas por las IFIs y por los gobiernos metropolitanos (que financian los pactos o que los exigen - por ejemplo el USADI), en muchos casos, también, bajo cuerda. Selectos grupos financieros e industriales nacionales e internacionales, todos ellos con fuertes lazos con los gobiernos latinoamericanos, están obteniendo grandes beneficios de estas transacciones.

Esta tendencia a la privatización ha sido llevada adelante a gran velocidad, pero en su formas esenciales no han conseguido escapar a la vista del público.

No obstante, incluso cuando estas transacciones se han producido tomando en consideración todos los requerimientos legales, el proceso de transferencia de bienes públicos a manos privadas ha tenido un impacto desmoralizante en la sociedad; para la generalidad del pueblo es ofensivo que sirvan para ayudar, no a la generalidad del mismo, sino a unas cuantas personas -muchas de las cuales no son ni siquiera parte del pueblo.

Una consecuencia ha sido que los “tipos pequeños” que trabajan para las agencias del Estado o para las compañías privadas y que están al corriente de cuanto y cuan rápidamente se han hecho ricos los “grandes tipos”, quieran, también, y sientan que se merecen una parte del pastel. Por lo tanto, comienzan intentando obtener algunos beneficios extraordinarios también, usando los medios a su alcance, por ejemplo exigiendo pagos “bajo cuerda” de los ciudadanos con vistas a completar los procedimientos administrativos como la obtención del carnet de conducir o un permiso de construcción.

La policía y la judicatura, por su parte, se han visto perniciosamente impactadas a lo largo de la región. El crimen político y de cuello blanco desenfrenado permanece sin castigo, como también va creciendo la criminalidad en torno a la droga y la violencia social (cuando afecta a los influyentes o a los influenciables). La corrupción es desenfrenada en estas instituciones, de donde vienen muchas de las actividades de tipo mafioso.

La corrupción se suma a la desilusión por la democracia sentida por la generalidad de los ciudadanos, en cuanto que este sistema político se presenta como incapaz de revertir el empobrecimiento generado por los PAEs y las políticas neoliberales, y por el hecho de que el poder político se convierta en un medio para el enriquecimiento personal de unos pocos, los acaudalados, los poderosos.

El panorama en la región (y por todas partes, porque este es un modelo desplegado a nivel internacional, en algunos lugares con furor, como en Rusia) de corrupción profunda y ampliamente difundida, y que es el resultado directo del neoliberalismo, está afectando a todos los niveles de la sociedad y se va tornando un campo fértil en el que emergen y prosperan mafias políticas dominantes.

Traducción: Joaquín Herrera Flores y Eloísa Díaz Muñoz

BIBLIOGRAFIA:

- DELGADO, J., (1995): *Pobreza, sociedad civil y derechización en Centroamérica*, Programa Graduado en Integración Regional, Facultad de Ciencias Sociales, UNA, Mimeo, Heredia, 13 pp.
- HARDIN, G., (1968): "The Tragedy of the Commons", en *Science*, n. 162, pp. 1243-1248.
- HARDIN, G., (1974): "Living on a Lifeboat", en *Bioscience*, n. 164, p. 10.
- HINKELAMMERT, F., (1990): *La deuda externa en América Latina. El automatismo de la deuda*, 3ª ed., DEI, San José.
- HINKELAMMERT, F., (1994): "La integración económica en el desarrollo económico latinoamericano posterior a la Segunda Guerra Mundial", en DELGADO, J./ SANCHEZ, O.M. (eds.), *Integración regional*, Facultad de Ciencias Sociales, UNA, Heredia, pp. 423-440.
- O'DONNELL, G., (1973): *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Institute of International Studies, University of California, Berkeley.
- SAXE-FERNANDEZ, E., (1980): "Milton Friedman y la esencia de la apologética capitalista", en *Praxis*, n. 15-16, Enero-Junio, pp. 5-34.
- SAXE-FERNANDEZ, E., (1983): "Notas sobre L. von Mises y el problema del cálculo económico en el socialismo", en *Praxis*, n. 26, Abril-Junio, pp. 39-50.
- SAXE-FERNANDEZ, E., (1993) "Neoliberalismo político y democracia en América Latina", en *Relaciones Internacionales*, n. 45 (cuarto trimestre), pp. 9-13.
- ZEA, L., (1949): "Positivism and Porfirism in Latin America", en F.S.C. NORTHROP (ed.), *Ideological Differences and World Order*, Yale University Press, New Haven, pp. 166-191.